

IV

La gloria de su nombre, aireada por artículos periodísticos, por conversaciones de cafés y tertulias, convirtió a Pérez de Cienfuegos en sujeto de la actualidad madrileña.

Todos los gemelos se clavaban en él si asistía a algún espectáculo público; en su dirección giraban las cabezas de los transeuntes si iba por calles y paseos. «¡Es Pérez de Cienfuegos!» decían al mirarle pasar; y el maestro, sumando a la ingénita vanidad humana la vanidad

artística, donde se encrespan todas las vanidades juntas, erguía el espinazo y se esponjaba entre la multitud, contemplándola con arrogancia olímpica.

Fué esta fama extendiéndose de los círculos populares a los burgueses y de los burgueses a los aristocráticos.

Ya era imprescindible en las recepciones de gran tono invitar al ilustre escultor. Las casas grandes se disputaban su presencia, no faltando damas linajudas que hicieran a Miguel, don pleno, siquiera fugaz de sus personas. Para muchas de ellas constituía punto de honra lucir, en clase de querido, a la «atracción» de la temporada.

Cienfuegos se dejaba querer, y

más de una vez hizo novillos a la fidelidad que jurara a Rosario.

Algo se le alcanzaba a ésta de tales infidelidades; pero mujer de experiencia y de mundo, en cuyo afecto por Miguel había parte no pequeña de maternal amor, cerraba los ojos ante aquellos deslices, declarándolos pecados veniales a los que servían de espuela los desvanecimientos propios al éxito y el rango de las tentadoras.

No vale decir que Rosario sufría grandemente con las traiciones de Miguel; pero le ocultaba sus penas, creyendo que si le llevaba la vanidad a delinquir, no le llevaban ni el desafecto ni las voces del corazón.

El mismo Cienfuegos daba esca-

sa importancia a sus tropiezos de amorosa galantería.

Cierto que los hombres, tan despoticos para exigir fidelidad a las mujeres que nos aman, faltamos, sin remordimiento y con toda la frecuencia posible, a esa fidelidad. Las propias mujeres aceptan y disculpan las traiciones de su varón por influjo de una costumbre transmitida de madres a hijas y ayudada por la falta de independencia material y moral que en las sociedades actuales, y muy especialmente en la sociedad española, padece la femenina casta.

En una gran fiesta, organizada por los duques de Altorá, fué presentado Pérez de Cienfuegos a los marqueses del Pinar, rancio título

que, enmohecido por la miseria, aportó a su matrimonio con un banquero acaudalado doña Beatriz de Guzmán.

El hoy marqués era oriundo de una aldehuela leonesa. De ella salió con escasos ahorros y con su primera mujer, zafia lugareña, al objeto de buscarse en Madrid la vida.

Dedicó la pareja sus economías a comprar y revender quincalla, paseada en un cesto de mimbres por las plazas, calles y callejuelas de la Corte.

Tuvieron suerte en la reventa y acrecieron, por méritos de la tal suerte y por su vivir a lo mendigo, los ahorros del matrimonio leonés. Con los ahorros abrieron una tienda, y así, según frase que se ha

hecho histórica, y que en ocasión muy solemne pronunció ante una alta dama la enriquecida quincallera, comenzaron ella y su esposo a tomar «escremento».

Años después de establecerse en la tiendecilla, poseedor ya de un capitalejo, lanzóse el comerciante a empresas bursátiles y mercantiles, a contratas para el ejército—entonces andábamos en guerra,—a mil negocios, muchos de los cuales bordeaban el Código penal.

Supo el leonés no salirse de aquellos bordes peligrosos, y se dió tan excelente maña en sus empresas, que, aún no finados cuatro lustros, figuraba entre los primeros accionistas del Banco nacional; era propietario de incontables fincas urba-

nas y rústicas y roía, con operaciones de préstamo, las fortunas más pingües.

A los préstamos usurarios debió D. Faustino sus relaciones con la gente empingorotada, que en graves apuros acudía a la bolsa del negociante.

Si éste era implacable en los réditos de sus préstamos, era todo consideración y cortesía para con sus deudores.

Alargaba los plazos, renovaba las escrituras, no ponía mal gesto a los morosos. Con todos y todo transigía, dejando a salvo, claro está, sus particulares intereses. Por obra de tan cortés conducta se captó la amistad de aquellos a quienes esquilmba, y cuando muerta su

primera mujer contrajo matrimonio con una marquesa, si arruinada, de impecable abolengo, halló abiertos de par en par los salones aristocráticos.

Al abandonar, cumplidos los dieciséis años, la hija habida por don Faustino en sus segundas nupcias—en las primeras no consiguió prole—el colegio del Sagrado Corazón de Jesús, apenas si alguien recordaba los ruines principios del banquero; nadie hacía comidilla tampoco de los medios que empleara para enriquecerse.

Verdad es que el hombre, desde su casorio con la marquesa del Pinar, renunció, al menos aparentemente, a los tratos de usura y a los negocios poco limpios.

Los mejor enterados pretendían que un testafarro era utilizado por D. Faustino para tales andanzas. Acaso no mintieran; pero oficialmente el marqués del Pinar sólo se ocupaba en operaciones bancarias, siendo rey de la Bolsa por la cuantía y buen éxito de sus empresas. Afirmaban los murmuradores también que tenía para sus «alzas» y sus «bajas» fuentes clarísimas de información, y jugaba sobre seguro, partiendo la ganancia con sus informadores, de los cuales dependía, en pleito último, el movimiento de los fondos.

La marquesa, que al matrimoniarse pasaba de los treinta y cinco, era al presente una dama enjuta, angulosa, de solemnes andares, de carác-

ter adusto, donde se confundían todos los orgullos de la raza y todas las acritudes almacenadas en su conciencia durante su larga doncellez.

En su primera juventud fué bella, alegre y expansiva la marquesita del Pinar. Pretendientes hubo no pocos; pero el orgullo de su rango y de su hermosura la hicieron desecher a muchos, segura de que, a la postre, advendría uno digno de lo que ella, en sus ensueños vanidosos, imaginaba merecer.

Despreciando a los novios posibles, envaneciéndose con las galanterías, nunca formalizadas, de los imposibles, cumplió Beatriz, huérfana, sin otro apoyo que el de una tía, tanto como la sobrina de pobre,

los treinta años, hermoso y espléndido otoño para la mujer que dió satisfacción en tiempo debido a sus naturales deberes, reseco Agosto para la hembra que, por su propia culpa, por la del medio o por la de los sociales prejuicios, deja sin satisfacer tales obligaciones.

En marchitez próxima sus encantos; abandonada por los pretendientes posibles; puesta en olvido por la galantería de los imposibles; pobre y perdidas sus ilusiones todas, fué D. Faustino para Beatriz un salvavidas de oro. A él se asió, y gracias a él pudo librarse de un completo naufragio.

Al año del casorio vino a la tierra Aurea, vástago único de aquel ayuntamiento. Era débil de organismo la

niña y crióse entre paternales zozobras y récipes facultativos. Hízose con tales desazones y con la dolencia que la privaba de hijos nuevos más agrio el genio de la marquesa del Pinar, y a poco tiempo dió en beata y en presidenta, vocal o secretaria, de todas las Juntas de señoras piadosas.

D. Faustino, respetando y secundando la beatería de su consorte, formaba también en varias Juntas de beneficencia, y muy especialmente en la de la Trata de blancas.

Algunas menores rescataron entre él y un su antiguo compadre, como él enriquecido con toda suerte de negocios ilícitos. Hartos de dinero, y considerando la gloria otro negocio, para el buen éxito del cual

era el soborno trámite indispensable, procuraron ponerse en condiciones de ir derechos al Paraíso.

De ahí su religiosidad, sus campañas contra la miseria y la prostitución. Como arrancar menores al vicio era entonces, por moda caritativa, — también en la caridad hay modas—el más seguro medio de ponerse a buenas con Dios, a la faena se entregaron los dos compadres. No finaba mes sin que hubieran entregado, por lo menos, un par de mozelas a los quitamanchas redentoristas.

Educada por sus religiosos progenitores, con el eficaz auxilio de las señoras madres del Sagrado Corazón de Jesús, era la marquesita, cuando la sacaron del colegio sus

padres, una alumna aprovechadísima que hablaba correctamente tres o cuatro idiomas, escribía sin faltas ortográficas apreciables, con letra muy alta y muy recta, aporreaba discretamente el piano y cantaba sin desafinaciones. A más resultaba maestra en todas las artes y malicias que en los internados se cultivan y desarrollan.

Físicamente, encantadora. Rubia, alta, de ensoñadores ojos y majestuosa presencia, mostraba al reír unos dientes muy blancos y al accionar unas manos de aristocrático dibujo; heredadas fueron de su madre, a la cual se parecía en todo, hasta en el carácter orgulloso y dominador.

Simpatizaron de golpe Miguel y

la doncella, atraído él por la señorial coquetería de la joven, sugestionada ella por la aureola con que el éxito circundaba al artista.

El enamoramiento marchó sobre ruedas. La señorita era voluntariosa. El afán con que viudas, solteras y casadas se disputaban al escultor avivó en Aurea el deseo de hacerle suyo, de tener por esclavo a aquel rey del arte y de la moda.

A Cienfuegos, en quien los anhelos aristocráticos de su mocedad no habían menguado, sino acrecido con el tiempo, le enorgullecía saber que, a poco esfuerzo, la marquesita caería en sus brazos, ofreciéndole, con su hermosura, los florones de su corona.

A los comienzos de su intimidad

aquella idea se dibujaba rápida, inconsistente en el cerebro de Miguel.

—¡Bah — decía, luego de acariciarla por algunos segundos—, como novela no está mal!... Pero, de una parte, mis compromisos con Rosario; de otra, la oposición que hallarían mis pretensiones en los padres de Aurea... ¡La chiquilla es encantadora y me gusta a rabiar!...

Así, día tras día, fué creciendo en ambos la afición.

Graves obstáculos halló Aurea en sus progenitores, especialmente en el marqués, para quien todo artista era un vago; pero la niña se dió maña en vencer resistencias. El prestigio de Miguel y las ganancias que entonces le rendían sus obras ayudaron al éxito, y los amoríos se

volvieron solemne compromiso, ratificado por el escultor ante los padres de la novia.

Faltaba sólo fijar fecha para el enlace y ultimar ciertas formalidades, relacionadas con la dote de Aurea.

Dicho sea en obsequio del escultor, por lo que hace a la dote y demás trámites económicos, dió a sus futuros suegros plena libertad de hacer y deshacer.

V

Rosario, recoleta en su amor, ajena al trato de las gentes, sin otras amistades que la de una señora anciana a quien protegía, dándole fraternal asilo, estaba ignorante de todo.

Los amigos íntimos de Miguel, únicas personas con las cuales se relacionaba Rosario, tuvieron discreción suficiente para ocultarle la conducta pérfida de su amante. El, tan perezoso en la sinceridad, como fué pronto en el engaño, no halla-

ba hora hábil para afrontar la situación, para desanudar los lazos que le unían a su engañada compañera.

Cobarde, como lo suelen ser los hombres cuando advienen conflictos de esta índole, dejaba correr días. Tal vez soñaba que, por obra de una mágica combinación, de un diabólico conjuro, podría unirse a Aurea sin que lo supiera Rosario, amar a las dos y ser amado por las dos sin que ninguna de ellas advirtiera la existencia de su rival.

—¡Feliz como nadie sería si el ensueño se tornara realidad!... ¡Satisfacer su vanidad y sus ansias de posesión con la deliciosa marquesita y continuar unido incógnitamente a Rosario!... ¿Por qué no

habían de pasar las cosas así? Cier- to que estaba enamorado de Aurea, que su boda con la aristocrática joven colmaba sus ambiciones proceriles; pero no menos cierto era que también amaba a Rosario, que Rosario constituía una necesidad del ambiente artístico, que él necesitaba respirar a toda hora. ¿A qué prescindir de una de aquellas dos mujeres? Si necesitaba a las dos, ¿por qué privarse de «ésta», causando al propio tiempo la desgracia de esa «ésta»? ¿No fuera más lógico que ambas aceptaran la situación? De tal suerte se arreglaría todo sin dolor y sin perjuicio para nadie.

En ocasiones, tales consejos, dictados por el egoísmo de Miguel, le

parecían, más que fáciles de realizar, plenamente legítimos. Hasta pensó plantear la cuestión a Rosario, presentarle su boda con Aurea como un caso de conveniencia y proponerle la continuación de sus relaciones a escondidas de la esposa legal.

Pronto, sin embargo, desechaba la idea, seguro de que no hallaría acogimiento, sino franca e indignada repulsa en la conciencia noble y activa de Rosario. No era ella mujer que se prestase a contubernios, a transacciones vergonzosas. Su libre vivir de mozuela, su educación espiritual, afinada en el trato del viejo prócer, la hacían inabordable para esas mixtificaciones a que muchas infelices se prestan, no por ruindad

de espíritu, por ceguera moral que el ambiente donde vivieran y se desarrollaran les produjo.

Rosario no pertenecía a tal género de hembras. Fuera inútil tratar de llevarla a ruines acomodamientos. A más, dicho sea en honor de Miguel, también le repugnaban estas componendas a que algunas veces, no tanto por egoísmo como por cobardía y por grave disgusto de romper con su compañera de las épocas moceriles, parecía prestarse.

Rosario lo supo. El cómo es lo menos: una confianza amistosa, un azar... Lo supo, y al saberlo, al cerciorarse de la realidad, en forma que no permitía la duda, sintió un aplastamiento completo. Pasado, presente, porvenir se desplomaban

sobre su espíritu. Era el fin de todo: la muerte adueñándose de ella y teniendo el refinamiento inquisitorial, el capricho macabro de dejarla con vida, en pie, cara a cara con su dolor.

No hubo llanto en sus ojos. La sangre, refluendo contra su corazón, dió a su rostro palidez funeral; subía de su pecho el aliento cortado, quemante; sus músculos se agarrotaron; abriéronse sus ojos desmesuradamente, mirando sin ver. Rígida, cataléptica, se desplomó contra un diván. Tendida sobre él, parecía un cadáver.

Pronto se rehizo. Era fuerte. Abarcó con sus negras pupilas el taller donde a diario pasaba con Miguel sus más gratas y dulces horas, y dió un adiós a su ventura.

A seguida se alzó del diván, dirigiéndose hacia la Venus que estaba modelando el artista. Frente a ella se detuvo, prieta la boca, enlazados y temblantes los dedos de sus manos olímpicas.

La estatua, muy adelantada en su modelación, era un prodigio de arte, un poema de divina sensualidad que el escultor escribía con sus cinceles sobre un bloque de mármol.

Reclinada en unos cojines, donde realizara el artista la empresa mágica de convertir la piedra en pluma, aparecía aquella Venus del actual paganismo.

Sobre el brazo diestro, doblado contra la nuca en ángulo, se destacaba la cabeza escorzándose levemente. Suelos los cabellos, se ahue-

caban encima de los hombros para abrirse en manto nupcial, de eterna y ardorosa nupcia, sobre las redondeces topaciescas de la espalda. Los ojos, medio encubiertos por el párpado, dilataban las pupilas en éxtasis; la nariz entreabría sus ventanillas como si aspiraran el perfume cálido de la fecundación; adelantábanse los labios anunciando besos donde palpitaba el mordisco, y se erguía la barba para descubrir, en toda su bravura, el dibujo del cuello, las líneas turgentes del busto, la curva de los senos, rematados con artística audacia por el pezón eréctil.

Restaban por hacer todavía el desplome del brazo izquierdo al ancho del vientre y de los muslos; la mano

de aquel brazo que se ceñiría contra las felpas del ropaje, para represtarlas desde el seno a los pies, donde tornarían a abrirse, cayendo de los cojines a la alfombra en alcahuetes frunces.

Esta parte de la estatua hallábase aún en esbozo, dejando adivinar lo que, una vez el esbozo realizado, sería el conjunto de la obra: un prodigio, acaso la más bella creación de Miguel.

Frente a la estatua asentó Rosario, mirándola hito a hito, murmurando por lo bajo, sin que las palabras sonasen, dibujadas por los labios, mejor que pronunciadas, algo que por el alzamiento místico de los ojos parecía oración, y por la siniestra contracción de la boca, conjuro.

—¡Hola, Rosario mía!—dijo Miguel, llegando de puntillas hasta ella y acariciando sus cabellos con las dos manos.

La mujer apartó aquellas manos, y cogiéndolas entre las suyas obligó a Miguel a contemplarla rostro a rostro.

En el gesto y en la voz de Rosario había algo tan doloroso, tan solemne, que Miguel, bajando los ojos, preguntó con silabeo balbuciente:

—¿Qué te pasa?

—Que lo sé todo.

—¡Tú!... Rosario...

—Ni trates de mentir, ni busques a tu perfidia miserables disculpas. Haciéndolo caerías más bajo de lo que estás para mi conciencia.

—Tú no sabes...

—Todo. ¿Qué más necesito saber? Vas a casarte dentro de un par de meses. Debías no haberme mentido. ¿A qué ocultar tu enamoramiento por otra? ¿Lo sentiste? Conformes. También pude sentirlo yo hacia un hombre cualquiera. En el corazón no se manda. Ningún lazo, más que el del afecto, nos unía. ¿Concluyó en ti el afecto? Pues roto se halla el lazo. Libre eres, como en igualdad de circunstancias, libre me hubiera considerado yo.

—Rosario...

—Lo que yo no hubiera hecho es lo que has hecho tú: seguir fingiendo un solo día; ¡qué un día!, una hora, un minuto, el afecto que ya no estaba en mí. De frente, con sinceridad, con lealtad, te hubiera di-

cho: «Ya no te amo, Miguel; amo a otro. Prefiero hablar claro a engañarte; separarme de ti a envilecerme y a envilecerte».

—Oye...

—Así hubiera procedido yo. Tú procedes de otra manera, mintiendo hasta el último instante, dejando a la casualidad lo que a la lealtad debías. Quiero creer que has obrado así por lástima de esta mujer. Prefiero creerlo a convencerme de que lo has hecho por sobra de cobardía o por exceso de perfidia. Sea por lo que fuere, el resultado será siempre el mismo: que me dejas por otra. Bien está. Ve con ella. No temas que lo estorbe. Acabemos, y acabemos cuanto antes. Entre nosotros está ya dicho todo. Vete.

Rosario, abismando en el hueco de sus manos la frente, quedó inmóvil. Un rayo de sol, luego de resbalar por el bloque de mármol, besaba los dedos temblorosos de la infeliz mujer.

Miguel, lívido, con los ojos húmedos se acercó suplicante, casi de rodillas, a la criatura abandonada. Ademán hizo de cogerla por las muñecas para depositar en aquellas manos, para él pródigas en caricias, un beso.

Al sentir que los dedos del escultor rozaban su carne, Rosario se puso rápidamente en pie y le apartó con ademán enérgico.

—¡Aún estabas ahí!—exclamó—
¿No oíste que te fueras? ¡Sal!

—¿Para no volver?

—Hay preguntas que ofenden. No tienes motivo ni derecho tampoco a hacerlas.

—¿He de renunciar a tu amistad?

—Entre nosotros no puede haber amistad.

—Deja al menos que vuelva para acabar mi estatua.

—Esa estatua no es tuya, es mía. Esa estatua soy yo. Sólo volviendo a ser quien eras, volverías a ser dueño de esta mujer, a poseer mi alma y mi cuerpo. En ese bloque quisiste reproducir el uno y reflejar la otra. Has perdido el derecho sobre la criatura de carne. Tampoco sobre la de mármol lo tienes. Ni yo, ni ella. Vete, Miguel, vete. Déjanos aquí solas.

Salió del estudio Miguel, y Rosa-

rio, arrodillándose junto a la estatua, rodeándola con sus brazos, ocultó su cara entre los cojines de piedra.

Sobre ellos cayeron las primeras lágrimas que los ojos de la abandonada lloraron.